



## CAPÍTULO TRECE

### I

**E**L viejo Chopo que ha sido contrabandista y ha hecho, según dice, la primera guerra colonial, tiene la mano suelta en estas cosas.

Agueda Pía no ha tenido que repetirle dos veces el encargo. Ha comprendido á la primera; y basta.

El no niega que, por las emperezadas calmas de su espíritu, pasa desde que le habló *ñita* Agueda Pía, en el pasillo, en voz baja, mientras su madre se sentaba á la mesa y Mari-Pepa servía la sopa, un viento levantisco de emoción y de aventura... Aquella confianza de *ñita* Agueda Pía, tan callada con todos, abriéndole su corazón y poniéndose

casi en sus manos de aquel modo, le dá, á sus mismos ojos, una especie de prestigio halagador... Pero ha sabido callarse... Ha hecho las cosas como le ha recomendado Agueda Pía, con prudencia, con astucia, á la callada, sin que nadie se enterara, sin que ni siquiera Mari-Pepa pudiera sospecharlo...

Ha llevado el bote á «Las Termas,» amarrándolo á la última columna, mientras cerraban en silencio las señoras...

Se ha sentado luego, sin ruido, en el peldaño acostumbrado; ha encendido su pipa y, cuando Mari-Pepa ha salido para llamarle á la cena, ha podido creer que no había abandonado su sitio de costumbre en todo el rato.

Cenando, ha refunfuñado un poco...

*Yago*, el viejo caballo de la Casa Blanca, está decididamente enfermo y vá á obligarle á velar, precisamente esta noche en que él está rendido...

Lo mejor sería dormir dentro de la casa, en el cuarto de ambos... Porque, si duerme en la cuadra y oye quejarse á *Yago*, no va á dormir bien y...

—Pues en casa no duermes, haragán... ¿Este cariño le tienes al caballo, después de quince años de andar juntos...? Me parece que la bestia bien merece un sacrificio...

—Pero yo...

—Pero tu dormirás en la cuadra, si él te deja; y si no, le cuidarás. Para eso estamos... ¡No faltaba más!

El viejo Chopo accede al fin. Que no se enfade Mari-Pepa: dormirá en la cuadra. El cuidará á *Yago* esta noche. ¡Dios quiera que mañana Mari-Pepa no tenga que cuidarle á él!

—No; no hay miedo... Mala yerba...

—Bueno, bueno...

Se ha hecho el silencio y la obscuridad en la Casa Blanca, poco á poco. Se han cerrado todas las puertas; todas las ventanas... Se ha apagado la última luz; la del cuarto de Mamá Dolores...

Serían las diez y media cuando el viejo Chopo, abandonando la cuadra sigilosamente, con una manta liada á la cabeza, porque acaba de levantarse viento de montaña y es muy frío, andando á pasos planos para no hacer ruido, se ha acercado á escuchar, desde fuera, á la ventana del cuarto de Mari-Pepa.

La ha oído roncar profundamente.

—Ya no hay cuidado. Lo tiene cogido hasta mañana...

Y con el mismo sigilo, dando vuelta á una esquina de la casa, donde el viento, que le dá furiosamente de cara, le hace vacilar, se ha acercado á otra ventana, la del cuarto de ñita Agueda Pía, y con

el canto de una piedrecita ha dado un golpe seco en un cristal.

Agueda Pía debía aguardarle: la ventana se ha abierto... La casa está casi al nivel del terreno y la ventana tendrá de elevación tres palmos escasos.

—¿Duerme Mari-Pepa...? — pregunta Agueda Pía...

—Profundamente: no hay cuidado. ¿Y la señora?

—También: acabo de escuchar.

—Pues, ¿vamos?

—¡Vamos!— responde Agueda Pía.

El viejo Chopo le dá una mano. Agilmente la mujercita salta á fuera. No habían contado con el viento. La ventana no puede quedar abierta... Pierden cerca de una hora sujetándola con piedras, con cuerdas, con viejos troncos, que trae el viejo Chopo de la cuadra.

Finalmente aquello queda fijo...

Ha amainado un poco el viento... La noche es negra, llena de estrellas, la atmósfera limpidísima, barrida por el aire seco... Arrecia el frío.

—Ñita Agueda Pía... La manta para usted... La traje adrede..., dice el viejo Chopo, solícito por abrigar á su joven ama, y aunque los dientes le dan unos con otros.

—De ninguna manera, Chopo... Habrá para los dos... Aguarda.

Pasa su brazo por el hombro del viejo que experimenta una inefable beatitud...

—Cógeme tú á mí también.

El viejo Chopo obedece. Y la manta, que cada uno de ellos sujeta con la mano libre, envuelve aquellas dos cabezas, la del viejo y la de la mujercita, en un mismo calor, en una igual piedad.

El dolor nos hace hermanos.

Los dos cuerpos, hechos una misma sombra, avanzan por el sendero en dirección del Pico...

## II

Suda, á pesar del frío, el viejo Chopo bogando, á recias embestidas, contra el viento. Se ha abrigado un poco con la vela del bote, desarmada porque en aquel vendabal sería peligrosa.

En la proa, tapada con la manta, muda, inmóvil, hierática, como una estatua de la ansiedad, Agueda Pía clava sus pupilas ávidas en la obscuridad, mientras el bote, cortando el agua y el aire, dificultosamente, cruza el puerto en dirección al pueblo...

—¿Dónde vamos antes?— pregunta el viejo Chopo, sin dejar de bogar.

—A su casa— responde Agueda Pía, sin moverse— pero cuida de que no nos vean ni nos oigan desde el yate.

—Vernos, con esta obscuridad, no nos verán; y cuanto á oírnos, como el viento sopla contrario, aunque anduviéramos á tiros no sospecharían nada.

Pasa el bote á unas veinte brazas por delante del yate y va á buscar la punta del puerto opuesta al promontorio...

—¿Saltará la señorita á tierra?

—No, saltarás tú; yo quedo, aguardándote. Aunque la verdad es que este paso ya me parece inútil. Desde aquí se ve la casa claramente. Está á oscuras. El suele tener luz en su cuarto toda la noche, porque lee hasta la madrugada... Casi juraría que no está en su casa; pero...

—Como la señorita diga...

—Pero de todos modos continuemos...

—Continuemos; ya es muy poco.

El viejo Chopo rema todavía cuatro veces y, ya cerca de tierra, vuelve á preguntar...

—¿Entonces yo, qué hago?

—Tu saltas á tierra y subes por la playa hasta la roca aquella que llaman el Pilar... Creo que podrás escalarla...

—De seguro.

—Y desde lo alto del Pilar... ¿ves?

Agueda Pía, tiende el brazo señalando...

—... podrás inspeccionar con toda seguridad el cuarto de Marco... Tiene el

balcón abierto: es éste, mira... ¿tienes buena vista, todavía?

—De gato.

—Procuras averiguar si Marco está en su cuarto. Vuelves á bajar y me dices lo que has visto.

—Bueno.

Una maniobra rápida y el bote hace un pequeño ruido, clavándose en la arena de la playa.

—¿Quién?...

Rebulle en el suelo, cerca del bote, un bulto negro, de donde ha salido este grito.

Agueda Pía se esconde, deslizándose dentro del bote.

El bulto negro se pone en pie... Salen de una manta astrosa los brazos de un muchacho que se despereza.

El viejo Chopo, sin saltar á tierra, pregunta:

—¿Eres tú, Raminchu?

—Sí; yo soy. Esperaba al señor... No ha vuelto á casa todavía: ya creía que, con este viento, no volvería de la Casa Blanca... ¿Pasará la noche allí, verdad?

El viejo Chopo toma rápidamente su partido:

—Sí; eso venía á decirte, Raminchu. El señor Marco dice que no le aguardéis...

Ya hacía tiempo que Raminchu y su

familia cuidaban de la casita del Constructor.

—Cerramos, entonces — dijo Raminchu, envolviéndose en la manta y empezando á andar.

—Cerrad...

El viejo Chopo vuelve á empuñar los remos.

—¿Ha oído V., ñita Agueda Pía...?

—¡Todo!

La serenidad que había mostrado hasta ahora, la última y terca esperanza que mantenía entero su espíritu, se desmoronan fatalmente... El viejo Chopo, cuando la muchacha vuelve á descubrirse, ya un poco lejos de la playa, sentándose en su sitio, se asusta de la palidez de su semblante...

—Pues, ¿qué hacemos, hija mía...?

—¡Al yate!

¡No; la duda, no...!

Y mientras el viejo Chopo, incapaz de contrariarla, aunque una voz le dice que, ya en este momento, debería rebelarse, va bogando en silencio, puesta la proa al yate, monstruoso y blanquecino, como una cosa muerta en aquella obscuridad del agua, Agueda Pía, destrozándose las manos, en contorsiones íntimas, horribles, dolorosas, siente que se le llena el pecho de sollozos...

## III

...La primera impresión de Marco Fortis, al abandonar la cubierta del yate y penetrar por la puertecita en su interior, fué de reposo.

Había luz, en la especie de pasadizo, reluciente y blanco donde se internó.

Aquel pasadizo iba á desembocar, en línea recta al otro lado del yate, por medio de una puerta exactamente igual á la que el Arquitecto había franqueado.

Detúvose un instante Marco Fortis, procurando recobrase de las alucinaciones que, en la obscuridad, le habían perseguido. Penetraba la luz hasta lo más profundo de su alma, ejerciendo en toda su máquina sensual y espiritual el efecto de un sedante...

Ahora volvía á estar muy cerca de Agueda Pía... Formulaba, con toda claridad, propósitos sensatos y ordenados.

Buscaría á Mónica Poldo; se excusaría de su arrebato; le rogaría que tuviere piedad de *ellos*, que abandonara el pueblecito. Se despedirían lealmente, como dos potencias que capitulan, después de una guerra...

A la mañana siguiente, sin pérdida de tiempo, acudiría Marco Fortis á la Casa Blanca... Le hablaría á Mamá Do-

lores, cariñosamente, como un hijo; y Agueda Pía y él serían felices...

Un resplandor ingenuo de comedia goldoniana que iba tomando su aventura, hizo sonreír al Constructor.

Anduvo un poco... Le habría gustado tropezar con alguien, que anunciara su visita á la señora... Necesitaba marcar, desde el principio, la frialdad y la solemnidad que pensaba darle á esta entrevista...

Pero el yate parecía abandonado... Aquel pasadizo tenía en su pared central una enorme puerta que daba acceso á un gran salón de gusto oriental... Nadie allí tampoco... Luz, mucha luz y nada más...

Retrocedió el Arquitecto, salió de nuevo al pasadizo, ganó de nuevo la puertecita estrecha, volvióse á hallar sobre cubierta... Nadie.

Parece que el destino se empeñara en contrariarle... Y ni la fuga le era posible, á menos de escapar á nado; pero este gesto le resultaba poco airoso.

Ya volvía á encontrarse en el salón oriental, cuando pensaba estas cosas...

Tendióse en un diván... En un rincón un péndulo, cuyo tac-teo monótono acabó por hacérsele insoportable... Se levantó... Dió unos pasos; arrastró una mesa, esperando hacer ruido y que alguien acudiera... Nada.

Finalmente, y en una especie de eclipse de su voluntad, *sin querer hacer lo que hacía*, pero haciéndolo con una calma perfecta, dióle vuelta al pomo de una puerta, laborada y tallada en rico sándalo oriental, y hallóse en el cuarto de Mónica Poldo, frente á frente de ella.

Instintivamente, como la había abierto, cerró Marco Fortis aquella puerta y se guardó la llave, sin decir palabra.

Mónica Poldo no pareció inmutarse.

#### IV

Marco Fortis *vió* que Mónica Poldo, después de clavar en él una mirada diferente le había vuelto la espalda y proseguía, frente á un espejo, arreglándose, porque tal vez se le descompusieron en la pasada lucha, sobre la frente color de leche, las ondas abultadas y crujientes de su larga cabellera negra... *Vió* aquellos dos brazos que, al levantarse en el aire, quedaban desnudos, dándole el horror de las espadas en la luz y los *vió* que se combaban como dos serpientes ambarinas, enmarcando el rostro... *Vió* que Mónica Poldo había vestido levemente la estatua esplendorosa de su cuerpo, de un *interior* livianísimo de seda verde Nilo, holgado, ténue, que amenazaba rasgarse á un movimiento...

*Vió* que había en el cuarto poca luz... *Vió* un lecho... *Vió* que estaba cerca Mónica Poldo de aquel lecho... *Vió* que él se había levantado... *Vió* que iba á pasar algo terrible... Cerró los ojos...

Un doble grito... Oscuridad, oscuridad absoluta... La sangre, en calientes oleadas de deseo, le inyectó los ojos... Oscuridad, oscuridad suprema y total de alma, de voluntades, de sentidos... Sus brazos oprimían y eran oprimidos; su boca besaba y la besaban... Y en la negrura de carbunco de todo el mundo desaparecido y muerto, latía solamente como un regulador de la fiebre universal su corazón de hombre que finalmente llegaba á plenitud; y en la ausencia suprema de toda idea, de toda preocupación, de toda duda, de todo conocimiento, sus labios besaban, besaban, besaban sin fatiga aquella boca plena, armoniosa, sangrienta, que sonreía y se entreabría en la beatitud...



## CAPÍTULO CATORCE

### I



UBIMOS?

—No; esperemos...

Hacia aquella parte estaba la escalerilla lateral del yate. Sólida; elegante, bien trabada: los peldaños de cauchú negruzco; la baranda de latón, recubierta de caoba bruñida.

Agarróse Agueda Pía con ambas manos á la baranda aquella para detener el bote, sin que este hiciera ruido, en los costados de la nave grande.

No había nadie sobre cubierta á aquellas horas... Debían ser las doce de la noche, escasamente... Tampoco había ninguna luz en el pueblo.

Agueda Pía, agarrada como estaba

con ambas manos á la escalerilla, pensó que sería dulce quedarse colgada allí, como el despojo de un naufragio, sacudida por los vendabales de todas las latitudes, barrida y golpeada por las olas de todos los oceanos, perdiendo poco á poco la vida, la sangre, la carne, los huesos, en un sacrificio anónimo y tremendo de toda ella, mientras el yate llevara una marcha triunfal por los caminos radiantes del amor y los felices de dentro, en un beso interminable habitaran perpétuamente el paraíso que ella no había de pisar jamás...

Una convulsión intermitente la sacudía á intervalos, alarmando al viejo Chopo.

—Ñita Agueda Pía... ¿qué hacemos aquí?

—Espera, por amor de Dios, viejecito mío, espera un poco...

Al pobre Chopo se le hacía agua todo el pecho: callaba. Volvía el sollozo, un poco más agudo.

—Ñita Agueda... Hace frío... V. está enferma... ¡Si en casa se enteran!

—Un momento nada más; quiero ver si le oigo...

Se empeñó en que dieran vuelta al barco... Bogando silenciosamente, sin meter apenas los remos en el agua, como el Chopo solía hacerlo, allá, en sus juventudes, cuando salía en la bar-

ca del fuego á la pesca con hornilla, pasaron arrimados al yate por sus dos costados.

Nada...

—¿Qué hora sería...?

De unas ventanitas circulares, hacia el centro del yate, chorreaba luz...

Agueda Pía no apartaba sus ojos de aquel resplandor. Sus pupilas adquirían una fijeza de maníaca.

Ella también *veía* y no pensaba... En los grandes momentos de la vida, el acorde intenso de todas nuestras facultades nos lleva á un punto de *videncia* tan agudo, que algunos moralistas, tal vez superficiales, han confundido con la inconsciencia. No hay tal. Lo que pasa es que estamos todos nosotros en consciencia activa: no hay reflexión, no hay juicio.

Estos estados duran poco ó duran mucho. Cuando el individuo sale de ellos no podría dar cuenta del tiempo que ha empleado en su abstracción. En realidad, ha vivido más allá del tiempo. Y en su frente, al recobrase de su enajenación, ha dejado una huella fatal, una raya que no llega á ser arruga, la Eternidad.

## II

Atravesó un bulto negro por la cubierta del yate... En lo interior había

estado vibrando largo rato un timbre eléctrico...

Sobresaltóse Agueda Pía...

En seguida notó que la ofendían y la repugnaban aquellos ruidos, aquellas trazas de vida normal, regulada y doméstica en lo interior del yate... Prefería el silencio de antes... La especie de misterio solemne que la obscuridad y el vendabal daban á su fatalidad... Y es ahora, cuando quiso alejarse á toda prisa de aquel sitio...

Empuñaba los remos el viejo Chopo... Agueda Pía, bruscamente, le sujetó la mano, ahogando un grito...

Habían aparecido, sobre cubierta, dos figuras...

¡Ellos...!

En la línea circular de la bahía, á lo lejos, en el horizonte, lívida y blanca, rayando apenas los bordes de agua, el alba relucía...

Parecía el filo de una inmensa hoz, tendida sobre el mar... Sintió Agueda Pía, el frío liso y tajante de aquel filo, segando brutalmente el lirio de sus ilusiones y esperanzas...

—Ellos! Ellos! Ellos! Apártate, Chopo!

Parecía loca; había tanta furia en sus miradas que el fidelísimo criado se transfiguró... Botó dentro de su espíritu en pereza, con furia juvenil, el contrabandista de otros tiempos...

—Ñita Agueda Pía, quieta ahora. ¡Deje hacer!

Había soltado un remo. Buscó, entre la faja y la carne, con mano temblorosa, un rato breve...

Unos hombres de la tripulación descolgaban una lancha...

Las dos figuras, muy unidas, hablando en voz baja, tranquilas, se acercaban á la escalerilla...

El viejo Chopo, había colocado el bote detrás de ella y se agazapaba en la sombra, esperando... Tenía la mano derecha cerrada detrás de su espalda y en la mano radiaba, fino, con la cabeza chata y puntiaguda de víbora, su cuchillo marinero...

Agueda Pía estaba en el momento culminante en que iba á decidirse su destino: toda la inextricable madeja de los humanos sentimientos se reducía para ella, en este momento capital, á dos extremos: la venganza, el perdón...

Aquel dominio sobre su propio destino en que las circunstancias la ponían, dióle repentinamente una gran calma... Sintióse ella fuerte pudiendo escoger: vió fuerzas en su corazón para el dolor... Tal vez no estaban los demás en este caso... Decidió.

—No, Chopo, suelta, suelta!...

Le había arrancado el arma de las manos...

Volvióse el marinero... Un ruido leve en el agua, un pequeño remolino junto al bote: el cuchillo había desaparecido entre las olas...

Agueda Pía, con dolorosa calma, añadió:

—Volvamos á casa: esto ha concluido, Chopo...

### III

El viejo se había agarrado á los remos con ira... Toda su alma ponía en apartar á su divina dueña de aquellos sitios de condenación... El viento arremolinaba... Del primer impulso fué á parar el bote á cinco brazas del yate...

Y como el bulto de este se hacía confuso, Agueda Pía levantóse sobre su asiento y se apoyó en los hombros del viejo, para ver hasta el final...

—¡No!—dijo repentinamente, con una queja suavísima.

Dejó el Chopo de bogar: volvióse á ver: adivinó...

Las dos figuras estaban sobre la plataforma de la escalerilla; el alba incierta empezaba á darles luz en aquel alto... Estuvieron un rato mirándose, muy juntos... Tenían sus manos enlazadas, en la sombra; pero sus cabezas emergían en la titilación poética del alba.

Agueda Pía, seguía gimiendo...

—No; no; por piedad, ¡que yo no lo vea!...

Era fatal.

Las dos cabezas se unieron... Las dos bocas...

—¡Oh!

Rompió á llorar Agueda Pía, con un desconsuelo intenso, intenso.

El viejo, horrorizado, como si presenciara una profanación horrible y siniestra, tomó en sus manos callosas y temblantes, la cabeza sedecida y fina de su ama... Le ofreció su pecho... Hizo esfuerzos desesperados para contener sus propios sollozos... No lo logró... Y mientras Mónica Poldo y Marco Fortis, crueles en la plenitud de su felicidad, sin sospechar el mal que hacían, renovaban en aquella paz del Mediterráneo padre, el gesto inmortal de los amantes de Verona, Agueda Pía y el viejo marinero, abrazados también, juntando lágrimas á lágrimas, lloraban, lloraban los dos, ella por sus amores muertos y él por verla llorar, allí, en aquel frío de la madrugada, sin otro amparo que el de sus pobres brazos miserables, á ella, tan delicada, tan buena, tan pura, y tan sola, tan sola, tan sola en el gran mar de Dios...